

filosofar, hoy, sea precisamente *alejarse* del mito. Alejamiento que no ha sido posible, por otra parte, hasta ahora. El profesor Soler deja planteado el tema: " Hemos visto que, según el propio Ortega, el mito con sus diversos grados de credibilidad, ha sido una forma anónima y colectiva de vivir el hombre occidental, frente a la cual surgió en ciertas fechas la filosofía, que "nos reaparece... afirmándose frente y contra poesía, mito y religión —lo que, en absoluto, quiere decir que implique hostilidad. Su actitud negativa en la medida inevitable en que ella —la filosofía— tiene que afirmarse a sí misma frente a las afirmaciones que las otras son". "Ahora bien, del análisis de la "imaginación" y "creencia" como manera de sernos la realidad, extrae el autor del libro que comentamos "el siguiente sentido: todo hablar sobre los orígenes —del hombre, de la fantasía— por muy científico o filosófico que se presuma a sí mismo, es mítico. Una vez admitida tal tesis el problema que surgiría es el de ver hasta qué punto sigue siendo mítico un saber que sabe de sí mismo que es mítico". Ortega pretendía justamente que su quehacer filosófico *rompía* con la tradición, que este quehacer no podía ser comprendido "bajo" el pabellón tradicional llamado filosofía", pero que, sin embargo, "estamos en la alborada de la más grande época "filosófica", lo que lleva a preguntarse al profesor Soler Grima: "¿no será el sentido de la filosofía venidera alejarnos definitivamente de los mitos?".

Finalmente: no estamos ante un trabajo *más* sobre la obra de Ortega. No se trata tampoco de un "reordenamiento" original de los temas orteguianos. Este libro sobrepasa los límites acostumbrados en nuestro medio: su autor se instala vigorosamente en el meollo del pensamiento orteguiano y repiensa por sí mismo la problemática radical, aportando a la investigación, con gran señoría, su profundo dominio de la historia de la filosofía, en especial de los presocráticos, Aristóteles y Heidegger. En ese sentido este es un trabajo que viene a sumarse a la alborada presentida por el maestro. Prestigia al quehacer filosófico en lengua española y es un rico aporte al pensamiento latinoamericano.

ENRIQUE MUNITA R.

<https://doi.org/10.29393/At410-132INRS10132>

Interrogaciones: 94, por BENJAMÍN SUBERCASEAUX. Editorial Ercilla, Santiago, 1965

Quien vaya a este libro a buscar definiciones propias del autor sobre su obra, sus empresas, sus ambiciones, sus ideales, sus metas, tiene naturalmente mucho material para escoger. Sin ser en extremo narcisista, ha de aceptarse que a cualquier escritor a quien se le franquea la oportunidad de llenar trescientas páginas donde puede hablar del tema que le plazca, alguna tentación le asalte de contemplarse a sí mismo, tratando de mostrarse en las actitudes que le parezcan más satisfactorias para llamar la

atención y hacerse aplaudir. Pero Benjamín Subercaseaux no es igual a los demás: a él, por lo que divisamos en este libro, no le gusta llamar la atención mostrando la cara sonriente y maneras afables, ni prodigando frases de cumplido o, por lo menos, de contento interior, de aquella felicidad íntima que suele provenirle al hombre de la buena digestión y del adecuado funcionamiento de todos los órganos, en los cuales descansa el equilibrio orgánico. Todo lo contrario. En el libro proliferan ex abruptos, quejumbres y ciertas explosiones de murria que si hicieron refír a los jóvenes participantes de los foros (ya veremos que el autor los llama Foros), a nosotros, los lectores, leyendo fuera de la atmósfera mágica creada por el autor, arrogante en el escenario y acaso despectivo en el tono y en el ademán, nos parecen con frecuencia de gusto muy dudoso.

Y que nada hay de exageración en cuanto venimos diciendo nos lo confirma el propio escritor en las páginas finales de su obra, donde intenta una especie de autorretrato. No lo repetiremos, porque no hay espacio para tanto, pero vale la pena retener algunas expresiones. En su propia opinión "es emotivo y compasivo", si bien muestra "dureza cruel frente a la estupidez"; "no permite ni se permite flaquezas", y en ello estriba "su actitud tensa, alerta, colérica" (p. 320). Habría, en fin, con estas definiciones personales, materia sobrada para seguir el paso a otras expresiones del autor, dentro del mismo libro, a ver si se sostienen y refuerzan recíprocamente, o sí, al revés, se destruyen. Temo que más bien se destruyan, esto es, que el libro carezca de coherencia. Por lo menos así se nos revela en el caso de las "flaquezas". Dice el autor que no se las permite a sí mismo. ¿Será verdad?

Pues no lo es.

Nótase en el libro cierta sensibilidad vivaz, alerta, que no siempre podemos creer propiamente saludable, ya que no carece de altanería ni de agresividad y animosidad: el autor parece estar dispuesto siempre a batirse con alguien, sea con los interlocutores de sus foros, sea con otras personas. Y después de leer y leer, llegamos a la conclusión de que sufre un caracterizado delirio de persecución, encarnado para él en ciertas autoridades y en ciertas personas (de su familia, de fuera de ella) que en su entender no lo han comprendido rectamente. Desoladora impresión que se percibe en el siguiente párrafo: "En cambio, el que les habla debió marcar el paso durante una pequeña eternidad para "dar en el gusto" al viejo intento de postergación continua en que me han mantenido los míos a través de cuanta cosa he pretendido emprender. ¿Razones? Quizás ustedes las conozcan mejor que yo. En lo que a mí concierne, ignoro cuáles podrán ser. No hago sino comprobar sus efectos y sufrirlos y decirlos, puesto que ustedes me lo preguntan. Con lo que yo les responderé también que no es agradable sentirse como un extranjero, como eterno proscrito, dentro de su propio país. ¿Qué más "cristiano" habría sido perdonar y callar? Es muy posible; pero resulta que yo no soy cristiano..." (p. 136).

Aquí el delirio de persecución se configura en todos los pormenores deseables, y casi no habría que insistir sobre él. Puede, sin embargo, señalarse que todos los escritores chilenos debieron sufrir dificultades en su carrera, pues el medio no es alentador en exceso para quienes se dedican a las labores literarias o, más en general, intelectuales. En suma, no sería el señor Subercaseaux el único, ni han sido sufrimientos tan enormes, tan prolongados, tan excesivos, como para que se les magnifique en la forma que hemos visto. Engrandecerlos, magnificarlos, es delirio de persecución.

Hay en el libro otras muestras del que hemos llamado delirio de persecución: "la gran obsesión de mis detractores" (p. 156). "No me lo han podido perdonar" (p. 235). "Y hete aquí al pobre señor Subercaseaux perseguido por todas partes como "el eterno sospechoso". Quizás también en mi propio país. ¿Quién podría asegurarme que no? ¡Eso explicaría tantas cosas..." (p. 295). En todos estos casos, parece como que hubiera enemigos escondidos en la sombra, y el escritor se cree acorralado por ellos y en cierto modo asfixiado por sus acechanzas.

Es, por lo demás, muy ventajoso comprobar cómo el autor ha entendido que la enfermedad dentro de cuyas redes se siente maniatado lleva el nombre que nosotros le damos, pues más adelante escribe: "Hay amigos que me hablan de "mi delirio de persecución". No niego que haya podido transformarme en tal. Pero si es así, aquello no ha podido ocurrir sin causas sostenidas y sufridas durante decenios y decenios. ¡No, mil veces, no! Podría decir mucho más de lo dicho, y reforzar la dureza de los adjetivos empleados, que aún me quedaría corto con esta *vie en rose* que me suponen los demás..." (p. 141). Yo no le supongo *vie en rose* en nada, pero señalando que la frase "delirio de persecución" no habrá de parecer dura en este artículo, si la emplea el propio autor, me permito añadir que esta queja tan sostenida, esta lamentación tan insistente, siendo todo lo justas que se quiera, pueden llegar a ser, a fuerza de repetirse, algo menos elegantes de lo que conviniera a escritor formado en la escuela francesa.

Y bien: es difícil que el hombre muestre en su comportamiento flaqueza mayor que el delirio de persecución, destinado no sólo a envenenarle horas que pudieran ser plácidas, sino que además vierte en su obra un cariz extraño, antipático, de gusto avieso. Y si el hombre escribe, cual ocurre en este caso, todo será para peor. El delirio de persecución le acecha tras cada esquina, le hace ver enemigos y adversarios en los seres más inocentes y le empuja a crearse una personalidad postiza, con algo de pugnaz y con mucho de cólera; o, para decirlo con palabras que debemos al propio señor Subercaseaux: "actitud tensa, alerta, colérica".

Pero en el libro que hoy traemos al comentario no hay sólo esto, es decir, no es Subercaseaux el único tema. Muchos otros aparecen, desde el periodismo hasta la educación pública, pasando por el *monokini* como vestimenta femenina y por ciertos recuerdos de viaje en el Africa, inesperados en el libro, pero que no carecen de amenidad. Es un muestrario

abigarrado de cosas dispares, sueltas, no siempre bien coordinadas, algunas muy encumbradas, otras algo terrestres. Léense reflexiones filosóficas, pero también chistes, alusiones a la actualidad, y cargos a personas: al general Ibáñez (p. 315) y a Gabriela Mistral (p. 321), por ejemplo. Se supone que el autor fue interrogado en diversos foros por los muchachos de un liceo, los cuales parecen conocer al revés y al derecho no sólo la ingente obra del autor, con todos sus temas e implicaciones, sino también los motivos que tuvo él para componerla. Son, en suma, eruditos, curiosos, amigos de ver en lo oscuro, y se empeñan en que el autor les cuente muchas cosas. El autor accede, y el libro se va desarrollando en una serie de pequeños encuentros, algunos bruscos, otros apacibles, con preguntas de dos o tres líneas, y respuestas generalmente muy extensas. Las interrogaciones son propiamente noventa y cuatro, como dice el título, si bien pudiera suponerse, sin hacer agravio a nadie, que la última (el autorretrato aludido) se la dirigió el autor a sí mismo.

El libro, a pesar de ser obra de madurez (el autor confiesa tener ya más de sesenta años de edad, p. 324), carece de ponderación, esto es, de uno de los mejores instrumentos del criterio de que ha menester un escritor, si, como ocurre en este caso, no ha querido ser mero creador de personajes novelescos, sino que aspira a manejar ideas y doctrinas. El carecer de ponderación lleva al escritor a chocar contra los naturales límites de la existencia, a los cuales cree sólidos y ásperos como barrotes de una cárcel. Si la Divina Providencia le hubiera concedido la ponderación, entendería que no son barrotes sino límites, es decir, líneas imaginarias mediante las cuales los hombres se hacen fácil la vida, grata la convivencia, dulce el estar vivos en comunidad. Con la ponderación se evita el hombre 'la cólera, el mal humor, el ceño hosco, la intransigencia, y acaso se reduciría asimismo, en algo, la prepotencia que inclina al escritor de este libro, con cierta frecuencia, a mirar a los demás seres humanos con desdén vecino del odio. ¿Pruebas de la falta de ponderación? La queja contra las universidades (p. 195 y sigs.), contra ciertas formas de periodismo (p. 215 y sigs.), la ridiculización de los individuos que visten uniforme y trajes adecuados a su dignidad (p. 226-7), la condenación tajante del capitalismo (p. 271), la confesión de que siente a menudo deseos de matar (p. 282-283), etc.

Pero hay formas todavía más precisas de la falta de ponderación, cual puede verse por los textos siguientes: "...Constituimos un pueblo sin una vertebración moral propia. El fraile apenas cree en Dios; el juez se abanica con la Justicia; el militar, con la Patria, y el político, con el Estado" (p. 151). Si el autor se hubiera tomado la molestia de probar algunas de estas afirmaciones, claro está que su libro se habría desviado a otro lado y acaso se habrían invertido sus valores; pero en todo caso nos habríamos asomado de verdad a su pensamiento. ¿Qué ha querido decir el autor con aquello de que tales y cuales funcionarios "se abanican" con tales y cuales cosas? Por lo demás, la gradación filosófica está allí sin duda errada. El

estado es la forma concreta y jurídica de la patria, y en el lenguaje figurado ambas voces son sinónimos, pero la justicia es sólo una institución dentro de la organización del estado, pues del contexto se nota que no se trata de justicia en absoluto y en abstracto, sino de la justicia que compete aplicar y administrar al juez. Afirmaciones tan tajantes debieron haber sido pensadas con mayor detenimiento.

"La aristocracia que durante tanto tiempo rigió nuestros destinos, no hizo sino reforzar con su espíritu antiintelectual un estado de cosas que ya había cristalizado" (p. 200). Donde no se prueba o demuestra la existencia de aquel espíritu antiintelectual, de manera que nos quedamos en definitiva sin saber contra qué molinos de vientos ha emprendido la carrera el autor, convencido de que eran gigantes.

"Los que procuraron hacerlo con grandes esfuerzos (los gobernantes aplicados a la tarea de gobernar), no pudieron conseguirlo porque se lo estorbaron sus Parlamentos (p. 264). La frase muestra animadversión a la tarea parlamentaria, pero no prueba o sustenta la premisa mayor, esto es, que los gobernantes no pudieran gobernar por haber sido estorbados en su labor por los parlamentarios. En Chile, por lo demás, no es legítimo emplear el posesivo "sus" para designar a una institución de derecho público y elegida por el sufragio, al igual que el Presidente de la República, de modo que si los electores se han equivocado al elegir a los parlamentarios, bien pueden equivocarse cuando eligen a aquél. Y es que no basta odiar al parlamento para opinar sobre él en forma recta.

A pesar de que por sus estudios de psicología y antropología debe entenderse que el autor ha de manejar bien el lenguaje correspondiente a estas ciencias y a otras conexas, la verdad es que suele enredarse. Veamos un ejemplo: "En una palabra, y como todo lo nuestro, aquello se ha transformado, a pesar de mis advertencias premonitorias..." (p. 133). No, en realidad las advertencias son o pueden ser admonitorias, y premonitorias, aun cuando proceda de la misma raíz latina y tenga parentesco muy estrecho con la otra palabra, queda reservado en el lenguaje científico a otra especie de fenómenos, no en grado alguno a las advertencias.

En otros casos, se trata de los galicismos más vulgares, como cuando leemos: "Es posible que más tarde, en una mirada retrospectiva, podamos posarnos esta pregunta" (p. 129). El autor estaba pensando en francés, y labró la sentencia "poser cette question", y la tradujo literalmente como vemos; literal y erróneamente, porque en castellano no se dice posar una pregunta sino plantearla, formularla, etc., sin que para nada cambie el sentido, es decir, sin que la expresión castellana sea inferior a la francesa.

El uso de las mayúsculas ha sido objeto de largo debate en la ciencia psicológica, y según algunos tratadistas se le juzga signo concomitante de perturbación cerebral, cuando el escritor se obstina en dar vistosidad especial a palabras y frases que le parecen demasiado concluyentes y decisivas como para dejarlas escritas en las letras corrientes. El señor Subercaseaux cae con frecuencia en este desliz. En una sola página vemos:

"Si estamos en la Era Atómica y en lo que creemos ser la culminación de nuestra Civilización de Occidente... todo esto bajo la bendición extasiada de Capellanes y Ligas Patrióticas..." (p. 119), donde es notorio que algunas mayúsculas podrían reducirse a letras minúsculas sin que en nada cambie el sentido ni de las proposiciones aisladas, ni del contexto general de la obra. Podría aceptarse que el autor, pues se siente antropológico, hable siempre de Hombre, pero no tiene idéntica justificación que emplee mayúsculas para palabras tan triviales como Foros, Religión, Ciencia y Virtud, que también vemos en una sola página (p. 121).

Pero hay más. El autor da la impresión de hallarse constantemente necesitado de apoyar, con diversas inflexiones del lenguaje, el exacto pensamiento que intenta comunicar al lector; y de que, además, teme que éste sea menos inteligente, ilustrado, observador que él; y, en consecuencia, sea preciso salirle al paso, guiarle, tomarle de la mano, echarle rastros de luz en la senda, a fin de evitarle tropezones. El resultado es una forma tipográfica de lo más insólita, peregrina, algo churruigueresca, con palabras subrayadas que en sustancia bien pudieran no estarlo, y con sentencias completas donde el autor, no satisfecho de la cursiva, ha impuesto al impresor nada menos que la versalita. Otras veces, los efectos de apoyo y de énfasis se buscan por medio de comillas aplicadas en algunas palabras, y de muchos puntos suspensivos, algunos ciertamente innecesarios. En la p. 147, por ejemplo, notamos las siguientes singularidades: entre comillas las palabras coléricos (línea 1), querella de las generaciones (línea 4), del Debe y del Haber (línea 8, bajo); en cursiva las palabras El (línea 10), otro ser, independiente y obediente a una nueva combinación cromosómica (líneas 13 y 14), le paguen (línea 20), adolescencia (línea 2, bajo) y la pubertad (línea 1, bajo). Fuera de ello, en la misma página se nos exhiben sentencias puestas entre paréntesis, que como es natural procuran el mismo efecto: explicar el escritor al lector lo que teme que éste no haya percibido, captado, intuido o advertido. El autor jamás parece quedar seguro de que su pensar fue recibido hasta el matiz final.

Yo, personalmente, uno entre otros lectores, no me siento vejado con este tratamiento, el cual, naturalmente, se basa en cierta indisimulable convicción que el escritor posee de su propia superioridad; pero creo que es mala señal, desde el punto de vista psicológico, esta continua desconfianza. Da la impresión de que el escritor no desconfía ya sólo de las potencias intelectivas de quien le está leyendo, sino también de las suyas, pues tantas vueltas y revueltas cree conveniente dar a conceptos que habría bastado exponer una sola vez, y sin ningún subrayado artificioso.

A pesar de la afectación, notoria en el autor, de colocarse siempre en actitud inteligente y sagaz, como si viniera de vuelta de todos los hechos y de todas las doctrinas, suele dar de bruces en ingenuidades de marca mayor. Se ve esto especialmente cuando le toca recordar la sentencia de uno de sus críticos, el cual dijo: "Subercaseaux con su obra marca la entrada del pensamiento en la Literatura Chilena" (p. 95). Si fuera Su-

bercaseaux el primer escritor chileno en el tiempo, nada reprochable habría en la sentencia, y comprobaría un hecho obvio, de esos a los cuales, para abreviar, llamamos de Pero Grullo. Pero no lo es, y en consecuencia debe aceptarse que alguien, días o años antes, hizo entrar el pensamiento en la literatura chilena, aun cuando ello no le agrade a quien afirmó semejante enormidad. En el terreno propiamente filosófico no debe olvidarse la existencia de Rafael Fernández Concha ayer ni la de Enrique Molina en fechas más recientes. Los dos son pensadores; ambos llevaron el pensamiento a las letras chilenas. ¿Cómo puede pretenderse que este privilegio estaba reservado al señor Subercaseaux, que ha venido algunos años después de aquellos dos sujetos?

En suma, *Interrogaciones: 94* es un libro extraño, donde a cada paso se nos ofrecen temas para pensar, escrito al desgaire (nunca el autor se ha hecho notar por una esmerada policía del lenguaje), pensado en forma desaprensiva y dirigido antes a enconar al lector que a seducirlo.

RAÚL SILVA CASTRO
de la Academia Chilena

Las Toninas, de LEONCIO GUERRERO. Editorial Neupert, Santiago, 1964

Después de "Pichamán", "Faluchos", "Las dos caras de Guenechén" y "La Caleta" (cuentos, la primera; novela, la otras) ha salido a la publicidad la Novela *Las Toninas*, del escritor Leoncio Guerrero. Su tema es también de ambiente marino. Profesor de Estado y pintor en sus horas de descanso, producto de una seria formación intelectual le comunica profundidad a sus observaciones e inteligentes sugerencias a sus comparaciones y metáforas. Coge el tiempo presente individual y colectivo, sin que nunca asome la pedantería literaria, sino, por el contrario, el tono de toda novela es de sencillez y comprensión de las pasiones humanas que en ese "microcosmos" que es un barco, afloran sin inhibiciones. Inquieto, sin duda, ha viajado tomando notas, escudriñando a los hombres, filosofando sobre sí y los demás, pero sin demostrar análisis preconcebido, como jugando por casualidad. Estas notas pudieron darle una novela en forma de diario; sin embargo, ha preferido el relato, eso sí que siempre en el difícil tiempo presente, como si llevara una máquina filmadora y enfocara en primer plano, de continuo, como rodando una larga cinta de celuloide. Esta técnica da mucha vivacidad y amenidad al asunto haciéndonos convivir. Son aquellos pasajeros, sus avatares de vida y convirtiéndolos, a la vez, sus amigos del momento, como los demás compañeros de navegación.

Es interesante, y hay que destacarlo, esa metáfora que se escurre, como un nudo temático, a lo largo de toda la obra y que da el título a la novela: *Las Toninas*. Estas toninas, son como las nuevas sirenas de un moderno *odi-seo*. Estos simpáticos seres marinos que acompañan al vapor, jugueteando